



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN FAMILIAR

ETAPA III

LA FIESTA Y LA FAMILIA

Citas bíblicas:

- Ex.12,24: La fiesta de Pascua
- Lc 2,42: Jesús con sus padres va a la fiesta de Jerusalén
- Lc 6,23: Alegraos y haced fiesta: vuestra recompensa será grande en el Reino del Cielo
- Mt 22,3: Invitados al banquete de bodas.
- Jn 2: Las bodas de Canaán.
- Ap 19,9: El banquete de las bodas del Cordero

LA FIESTA Y LA FAMILIA

¡Viva la fiesta! ¿Siempre?

No hay nada como estar invitado a una fiesta, difícilmente nos negamos a ir. Las fiestas y las celebraciones son deseadas y esperadas. Así lo viven los niños, los jóvenes y los mayores. Hacemos una fiesta y organizamos celebraciones por motivos biológicos, religiosos, deportivos, políticos, sociales... Resulta tan normal que casi no nos damos cuenta de los importantes valores antropológicos implicados.

La fiesta no es de ahora ni viene de aquí. Para todas las culturas y sociedades es algo muy significativo –y a menudo– mediante éstas, se expresan elementos de su identidad. Efectivamente, la fiesta agrupa una serie de elementos profundamente humanos y humanizadores: el encuentro, el diálogo, el compartir, el hecho de obsequiar o ser obsequiado, el baile, la música o la juerga... Y detrás de ellos unas motivaciones, un por qué emotivo y loable: un aniversario, un santo, una graduación, la fiesta mayor del pueblo, una fecha señalada en el calendario, la memoria de un hecho o de un personaje... La fiesta, a demás, es socializadora, pues, de una manera colectiva –sea en pequeño o gran grupo– nos abre a un recuerdo para vivir más plenamente el presente y el futuro. La fiesta educadora.

Los ayuntamientos, las asociaciones de vecinos, las escuelas, las ONGs, los partidos políticos concedores del potencial de la “fiesta” nos convocan frecuentemente. Lo hacen bien porque la fiesta es algo grande y positivo. Pero como toda realidad humana, la fiesta también está sujeta a las limitaciones o manipulaciones. La experiencia nos enseña que en la fiesta se puede hacer presente la desorganización, la rutina o el desinterés derivados de una posible falta de preparación, de una falta de participación real o de una cierta obligatoriedad. Y aún mucho más grave, la cotidianidad nos demuestra que algunos días festivos o actividades supuestamente “festivas” o “celebrativas” pertenecen a otro ámbito. Tienen un envoltorio muy atractivo y abrumador, pero en realidad son marionetas del consumismo. Y no deberíamos hablar o calificar como fiesta cuando la falta de respeto, la violencia, el incivismo o el consumo de productos estupefacientes,... coloreasen determinada actividad. A pesar de estas situaciones objetivas –no reducidas en número– no hemos de renunciar a la fiesta.

Celebrar en familia

La familia es una comunidad que debería ser genuinamente festiva porque la experiencia cristiana nos debería acercar constantemente a celebrar la vida. El núcleo familiar que es aquél que mejor conoce la intimidad de sus componentes y por tanto, está muy bien

posicionado para celebrar algo. ¡Y no hace falta movernos al dictado de las dichas fiestas “sociales”! A demás de las celebraciones irrenunciables, también pueden ser objeto de fiesta el inicio o el final de las vacaciones, un galardón escolar, la visita o el retorno de un familiar lejano, el primer trabajo laboral, la superación de una enfermedad... Se procede, pues, a la creatividad, pero fundamentalmente la familia ha de vivir la dimensión festiva desde la libertad y desde las razones de fondo. Y también en plena coherencia con todos los valores y principios en la órbita del proyecto familiar. Educar para la fiesta no es difícil pero no es algo espontáneo. Significa aceptar la improvisación pero también entender que la fiesta se ha de preveer, organizar y requiere un pequeño compromiso en su preparación para el buen disfrute de todos. Hay que favorecer el equilibrio entre la espontaneidad de todos y la participación de cada uno. Cultivar con tacto y progresivamente las actitudes y los valores como la gratuidad, el servicio, el respeto a la diversidad, el reconocimiento de los detalles... implica el descubrimiento de unas razones, de un sentido de lo que se celebra..., y hacer una pedagogía de apertura a vivir la fiesta más allá de los más cercanos, especialmente, en aquellos que consiguen un compromiso hacia los demás. Significa también, fomentar una actitud crítica hacia todo lo que la destruye. Los mayores pensamos – frecuentemente– que la fiesta es para los niños y que ellos son los “reyes”, pero los pequeños necesitan ver a adultos que celebren una fiesta y se lo pasen muy bien evitando tristes testimonios.

Navidad, una celebración con la grandeza y la fragilidad de un bebé

La sabiduría popular nos dice que no hay nada más “grande” que el nacimiento de un bebé y que, a su vez, no hay ninguna criatura más “frágil”. Por eso, la Navidad es una fiesta llena de contrastes. La grandeza cristiana del *Dios con nosotros* –osadamente– asume la fragilidad de un niño. Una criatura totalmente necesitada del cuidado de su familia. La universalidad cristiana del *Dios para todos* –paradójicamente– se inicia en una comunidad concreta. Efectivamente, Dios ha querido nacer para toda la humanidad en una humilde familia de Nazaret.

Es en el seno de esta familia, donde se ha gestado la espera abriéndose a la esperanza más profunda de todos los tiempos. Una familia abierta que acoge la visita de los pastores y de los magos. Y que recibe y acepta sus presentes. Una familia que comparte la alegría del nacimiento pero también la profunda responsabilidad de su crecimiento y educación. Hablar del acontecimiento de la Navidad es, en su origen y naturaleza, hablar de la familia y de la fiesta.

La Navidad de nuestra sociedad también es una fiesta llena de contrastes. Los buenos augurios, el calor del hogar, los gestos solidarios, el encuentro familiar..., conviven demasiado mezclados con el consumismo y, también, demasiado de espaldas a los marginados, a los inmigrantes o a los enfermos. No podemos cambiar el sentido de la Navidad. Esto ya nos ha sido dado gratuitamente. Pero queda en nuestras manos la decisión sobre cómo queremos vivir y celebrar la Navidad. La tentación de un puro refugio emotivo o a un gasto irracional ha de ser superada con la vivencia de unas actitudes y de unos valores propios de la Navidad. La Navidad nació en una familia. La Navidad es una tarea familiar. ¿Nos ponemos a ello?

Preguntas para la reflexión

- 1.- ¿Qué es para nosotros una fiesta? ¿Y para nuestros padres? ¿Y para los hijos?
- 2.- ¿Qué fiestas celebramos? ¿Cómo y porqué? ¿De qué fiestas estamos más satisfechos? ¿Por qué?

3.- ¿Hablamos en casa de las fiestas? ¿Cómo lo hacemos? ¿Qué experiencias “celebrativas” positivas hemos tenido de ellas? ¿Por qué ha sido así?

4.- ¿De qué modo, con qué valores, qué gestos, qué actitudes podríamos favorecer esta Navidad?

Bibliografía:

– **Meditaciones sobre la Navidad**, *Bonhoerffer, Dietrich – Weber, Manfred*. Ed. Claret.

– **Preparamos la Navidad: Un libro de adviento para la familia**. *Browne, Yolanda*. Ed. San Pablo.

– **Actividades en Familia**. *Blanco, Laura - Carbonell, Sílvia – Curto, Rosa M.* Ed. Edebé

Barcelona, Diciembre de 2008